

POR TANTO, ID, Y HACED DISCÍPULOS A TODAS LAS NACIONES

Élder L. Tom Perry
Del Quórum de los Doce Apóstoles



"A todos los matrimonios de edad, quiero que prestéis atención a lo que voy a deciros: Haced que el punto culminante de esta etapa de vuestra vida sea la experiencia incomparablemente gozosa de dedicar vuestro tiempo completo al servicio en la obra."

Antes de empezar, quisiera agradecer personalmente, por sus dedicados años de servicio, a las hermanas Smith y Cannon, que han sido como faros que han guiado a un puerto seguro a las mujeres de la Iglesia y a muchas otras en los tormentosos mares de la vida. Que Dios siga bendiciéndolas para que las mujeres de este mundo continúen sintiendo su inspiración y aliento.

El Salvador tuvo tan poco tiempo para preparar a los que llevarían a cabo su obra después de su ministerio terrenal que debe de haber sentido el peso de esa gran responsabilidad. Sus enseñanzas durante esos últimos momentos siempre me han resultado especiales, porque encierran sus instrucciones finales a los que desde ese entonces serían responsables de realizar Su obra.

Durante su ministerio, el Salvador nos exhortó a hacer lo que le hemos visto hacer a El. Después de celebrar la Fiesta de la Pascua judía con la Ultima Cena, se acercó a cada uno de sus discípulos y les lavó los pies. Después de rendir este servicio, dio estas instrucciones:

"Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.

"Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis" (Juan 13: 14-15).

Es obvio, entonces, que si el Maestro prestó servicio, nosotros debemos servir; si El enseñó, debemos enseñar; si El oró, debemos orar. El sabía que si lográbamos comprender en qué consistía su ministerio, nuestros corazones y almas estarían tan empapados de lo que habíamos recibido que sólo nos conformaríamos compartiendo, sirviendo, enseñando y orando juntos.

Casi al final de su Evangelio, Mateo escribió estas instrucciones del Señor a sus discípulos:

"Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.

"Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban.

"Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

"Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

"Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén" (Mateo 28: 16-20).

Las Escrituras están repletas de ejemplos de lo que les sucede a las personas cuando la luz del evangelio les llega al alma. Veamos dos de estos casos. El primero es del Nuevo Testamento; se encuentra en el libro de Juan, y es la historia de dos discípulos que siguieron a Juan el Bautista.

"El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos.

"Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. "Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús.

"Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Maestro, ¿dónde moras?

"Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima.

"Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús.

"Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Cristo" (Juan 1:35-41).

Después de haber recibido algo especial, Andrés quiso compartirlo con su hermano, y no descansó hasta que lo encontró y le dijo que había encontrado al Mesías.

En el Libro de Mormón hay otro gran ejemplo y es el relato de Alma y los hijos de Mosíah. Estos jóvenes se encontraban entre los que querían destruir la Iglesia, y se valían de la adulación para inducir a la gente a cometer toda clase de iniquidad. Después de oír los ruegos del padre de Alma, el Señor intercedió y llamó a Alma al arrepentimiento.

Es sumamente interesante ver lo que ocurrió cuando éste recibió la luz del evangelio. En el libro de Mosíah dice:

"Y aconteció que de allí en adelante, Alma y los que estaban con él cuando el ángel se les apareció empezaron a enseñar al pueblo, viajando por toda la tierra, haciendo notorio a todo el pueblo las cosas que habían oído y visto, y predicando la palabra de Dios con mucha tribulación, perseguidos en gran manera por los que eran incrédulos, y golpeados por muchos de ellos" (Mosíah 27:32).

Y entonces, hablando de los cuatro hijos de Mosíah, dice:

"Y viajaron por toda la tierra de Zarahemla y entre todo el pueblo que se hallaba bajo la potestad del rey Mosíah, esforzándose celosamente por reparar todos los daños que habían causado a la Iglesia, confesando todos sus pecados, proclamando todas las cosas que habían visto y explicando las profecías y las Escrituras a cuantos deseaban oírlos.

"Y así fueron instrumentos en las manos de Dios para llevar a muchos al conocimiento de la verdad, sí, al conocimiento de su Redentor.

"¡Y cuán benditos son! Pues publicaron la paz; proclamaron gratas nuevas del bien; y declararon al pueblo que el

Señor reina" (Mosíah 27:35-37). Después de que uno se convierte, siente el deseo de compartir el evangelio, no tanto por un sentido del deber, aunque esta responsabilidad le corresponde al sacerdocio, sino por el agradecimiento y el amor que se siente por lo que se ha recibido. Cuando obtenemos una perla tan valiosa como ésta, no nos contentamos con sólo admirarla; tenemos que compartirla. ¿Y en esto radica el gozo y la felicidad del regalo recibido!

Siempre me ha causado admiración el ver a los matrimonios de personas de edad que, después de haber dedicado toda una vida al servicio de Dios en sus barrios y estacas, desean pasar un tiempo enteramente dedicados al servicio misional. Los he encontrado en todas partes del globo y creo que son las personas más felices que jamás he conocido por la obra que están haciendo.

Permitidme leeros partes de algunas cartas escritas por algunos de los que han tenido este gran privilegio, citas de varias cartas a un presidente de misión y a su esposa después que estas parejas habían estado sirviendo en el campo misional por un tiempo.

"Nosotros nunca pedimos que se nos mandara a una misión porque no nos considerábamos capacitados. Mi esposo había tenido sólo cuatro años de educación académica y esto lo hacía sentirse un poco inferior, pero leía mucho y tenía mucho éxito en los negocios; además, era un hombre muy simpático que atraía a la gente. Varios matrimonios que conocíamos habían ido a una misión, y nos sentíamos contentos por ellos. Cuando el obispo nos entrevistó para decírnos que había estado orando durante dos semanas y que Dios quería que fuéramos a una misión, nos quedamos mudos de sorpresa. Aceptamos porque sabíamos que el llamamiento venía de Dios.

"Mi esposo tenía problemas de columna y había pedido que le dieran tiempo para encontrar a un doctor que pudiera aliviarlo. El doctor le dijo: 'Vaya a casa y resíguese a vivir con el dolor.' Pero cuando nos apartaron para salir a una misión, le fue prometido que tendría buena salud. Esta promesa se cumplió al pie de la letra.

"Fuimos al Centro de Capacitación Misional, y allí pasamos unas semanas muy especiales. Nos fue difícil aprender las charlas, pero nos sentimos muy cerca de Dios. Al esforzarnos por dar lo mejor de nosotros mismos, El nos bendijo. Sabíamos que teníamos que depender del Señor después de haber hecho todo lo que estuviera de nuestra parte.

"En el Centro de Capacitación reinan un afecto y una hermandad que no pueden encontrarse en ninguna otra parte. Íbamos al templo todas las semanas, y encontramos que después del templo, el lugar en que uno se puede sentir más cerca de nuestro Padre Celestial y de su Hijo Jesucristo es en este Centro.

"El período en que servimos juntos en una misión fue realmente maravilloso. Fue un período en el que el estudiar y orar juntos nos hizo acercarnos el uno al otro y aprendimos a depender más el uno del otro. Nos deleitábamos al darnos mejor cuenta de la virtudes de cada uno y nos ayudábamos mutuamente a vencer nuestras faltas. En el otoño de nuestras vidas, fue una época que nos ayudó a madurar y a unirnos más. Esta es una experiencia que todos los matrimonios deben tener si la salud y los medios económicos se lo permiten.

"Si no tienen dinero para ir, sus parientes serán muy bendecidos si los ayudan. Sería mucho mejor que regalarles los pasajes para hacer un viaje."

Un matrimonio dijo que cuando terminaban la misión, en la última reunión de testimonios les dijeron: "Queridos hermanos, no pueden imaginarse lo que era nuestra vida antes de que ustedes llegaran." Por supuesto, volver a casa después de una experiencia como ésta es un poco difícil. Un día me encontré con un hermano que salía de una tienda donde había ido a comprar un regalo de Navidad para su esposa. Yo iba caminando cuando se apresuró a encontrarme. "¿No se acuerda de mí?", dijo. Tuvo que ayudarme a recordar que la última vez que nos habíamos visto había sido en el campo misional. Allí las condiciones de vida no eran semejantes a las que estaba acostumbrado, pero tanto él como su esposa irradiaban felicidad cuando tuvimos la oportunidad de pasar con ellos un día y presenciar su obra.

Le dije: "Debe de estar contento de estar de regreso." Titubeó un momento antes de contestar: "La verdad es que me ha costado mucho adaptarme porque todavía siento que nuestro lugar es entre los miembros de la Iglesia en las Filipinas. Ellos nos necesitaban tanto y aquí no es lo mismo. ¿No podría mandarnos otra vez a cumplir otra misión?"

Cuando les pregunto a los presidentes de misión, "¿Qué puedo hacer por usted?", todos me contestan invariablemente, "Envíenos más matrimonios como misioneros".

A todos los matrimonios de edad que me escuchan hoy, quiero que prestéis atención a lo que voy a deciros. Sé que la vida no es fácil. Sé que habéis trabajado muchos años para gozar de la seguridad que ahora tenéis. Os habéis esforzado, habéis criado una familia y habéis ahorrado dinero para poder disfrutar estos años del ocaso. Pero la inactividad y el descanso no os darán lo que realmente deseáis. Haced que el punto culminante de esta etapa de vuestra vida sea la experiencia incomparablemente gozosa de dedicar vuestro tiempo completo al servicio en la obra.

Oigo a algunos de vosotros testificar que sentís mucho amor por vuestro cónyuge y por el evangelio, y si sois realmente sinceros, haréis corno Alma y Andrés, que no descansaron hasta que compartieron el gozo que encontraron en el evangelio de Jesucristo a través de su servicio misional.

El presidente Heber J. Grant dijo: "Siento lástima por el hombre o la mujer que nunca ha experimentado la gran satisfacción que siente el misionero que proclama el evangelio de Jesucristo, que da a conocer la verdad a las personas sinceras y que

escucha las expresiones de agradecimiento que provienen del corazón de aquellos que por medio de su esfuerzo han comprendido lo que significa la vida eterna.

"También siento lástima de los que nunca han sabido lo que es el gozo de estirar la mano para ayudar a los necesitados. No cabe duda que se reciben más bendiciones cuando se es generoso que cuando se es avaro; no me cabe ninguna duda de que así es. Recibimos muchísimas más bendiciones cuando salimos a proclamar el Evangelio de Jesucristo y trabajamos para conseguir la salvación de las almas de los hombres que las que podemos recibir tan sólo teniendo el conocimiento de la veracidad de nuestra religión, y quedándonos en casa para encargarnos de los quehaceres de la vida diaria y para acumular cosas materiales que se gastan con el uso. Uno de los grandes problemas es que muchas veces perdemos de vista la realidad de lo que es más importante; la obra que es más agradable a los ojos de nuestro Padre Celestial." (Gospel Standards, compilado por G. Homer Durham, Salt Lake City: Improvement Era, 1969, pág. 104.)

Obispos, quisiera pediros que animaraís más a los matrimonios que son jubilados o están por jubilarse, que gozan de salud y que consideraran ir a una misión. Muchos están esperando ser llamados porque no se atreven a pedir que los manden. Nuestra Iglesia está creciendo rápidamente y necesitamos muchísimo la prudencia, la madurez y la experiencia de estas parejas.

Obispos, inculcadles el deseo de servir y la confianza que necesitarán para desempeñar esta obra tan apasionante. No se espera que aprendan el mismo programa que los misioneros jóvenes. Hacedles saber que queremos utilizar los talentos que han adquirido durante toda una vida.

Ruego que el Señor bendiga a los matrimonios de edad de la Iglesia con el deseo sincero de estar anhelosamente consagrados en Su servicio.

Os doy mi testimonio de la veracidad de esta gran obra, en el nombre de Jesucristo. Amén.